

MICHAEL FOUCAULT Y LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFÍA : NOTAS SOBRE UNA EXPERIENCIA

Verónica Bethencourt

UNLP

A pesar de que raramente el tópico sea retomado en los análisis de su obra, Michel Foucault fue un pensador para quien la cuestión de la enseñanza de la filosofía no revistió una importancia menor. La mejor prueba de ello lo constituyen, sin dudas, sus cursos en el Collège de France, a través de cuya lectura puede constatarse toda la preocupación -y muchas veces la desazón-, que embargaban al filósofo respecto de su tarea docente y de lo fructífero de la misma. En el mismo sentido podemos traer a colación su participación en una comisión que durante el Gobierno de de Gaulle tenía la misión de encarar una reforma de la educación superior, y en cuya oportunidad Foucault llegó, incluso, a diseñar un programa completo de filosofía para el Liceo y otro para la Carrera universitaria. Finalmente, podemos citar el ejercicio de la jefatura del departamento de filosofía de la cuestionada Universidad de Vincennes, que después de los fenómenos de mayo del 68 fue duramente cuestionada por el ministerio de educación, y a raíz de lo cual, Foucault realizara ríspidas y controversiales declaraciones en torno a la “clase de filosofía” y su función social.¹

Por cierto, que ni estas participaciones institucionales ni las muchas declaraciones públicas al respecto, transforman a Foucault en un especialista en didáctica ni a la enseñanza de la filosofía en el tópico más importante de su obra. Y no es nuestra intención presentarlo de esa forma. Lejos de esto, sólo pretendemos poner bajo la luz de nuestro campo disciplinar algunas de sus ideas. En el presente trabajo, entonces, improvisaremos una “mesa” sobre la que haremos jugar algunos conceptos foucaultianos que entendemos pueden permitirnos profundizar la reflexión sobre nuestra práctica – trabajo que no iría en contra de lo que el propio Foucault esperaba que sucediera con sus obras-. Así, pondremos sobre la mesa de juego las ideas de “filosofía”, “experiencia” y “enseñanza”, entre las que veremos aparecer un complejo y original entramado de relaciones.

¹ Para un desarrollo del recorrido institucional de Foucault cfr. Eribon, D., *Michel Foucault y sus contemporáneos*, Cap. 5, Buenos Aires, Nueva Visión, 1995

Antes de comenzar, debemos, sin embargo, hacer alguna aclaración metodológica insoslayable dado el conjunto de conceptos con los que trabajaremos. Precisamente, tanto el tema de la “experiencia” como la noción de filosofía son medulares en la obra de este autor y pueden rastrearse a través de todo su desarrollo. No se nos escapa que entre el Foucault de los 60 y el último -por llamarlo de alguna manera- varias diferencias podrían sindicarse respecto de estas dos cuestiones y excede los objetivos de este trabajo dar cuenta de las mismas. Acotaremos, pues, nuestro análisis de esta relación a cómo esta fue planteada por nuestro autor al final de su obra. Fundamentalmente, tomaremos de base para nuestro análisis, *El uso de los placeres*² y algunos artículos que consideramos particularmente relevantes en función de nuestro interés y que pertenecen a sus *Dichos y escritos IV*.

Qué es la filosofía

En términos generales durante este período Foucault se refiere a la filosofía de dos formas distintas aunque, como veremos, no contrarias entre sí.

Por una parte, nos encontramos con la idea de la filosofía como un saber que tiene como función el diagnóstico del presente en el que ella surge y a partir del cual cobra sentido. Esta forma de concebir la filosofía, habría sido inaugurado por Kant en su texto “¿Qué es la Ilustración?”, donde aparece según Foucault, por primera vez “La reflexión del “hoy” como diferencia en la historia y como motivo para una tarea filosófica (...)”.³ Aquella pregunta o más precisamente, los términos en los que Kant respondiese a la misma, aparecen como un punto de partida de la “actitud de modernidad”, como un *ethos* en el sentido griego, como “un modo de relación con respecto a la actualidad, una elección voluntaria efectuada por algunos, así como una manera de obrar y conducirse que, a la vez, marca una pertenencia y una tarea.”.⁴

Baudelaire sería, en este sentido, el personaje que mejor encarna esta actitud de modernidad. Para él, el valor del presente, su “heroización irónica” es indisociable del esfuerzo por imaginar cómo transformarlo, precisamente, a partir de captar lo que es. Por otro lado, esta actitud representa una cierta relación consigo mismo que el escritor

² Foucault, M.: *El uso de los placeres*, México, Siglo XXI, 1992.

³ Foucault, M.: ¿Qué es la Ilustración? En *Ética, Estética y Hermenéutica. Obras esenciales*. Vol. III, Barcelona, Paidós, 1999, p. 341.

⁴ *Ibíd.*

denomina “dandismo”, es decir, tomarse a sí mismo como objeto de una laboriosa y ascética construcción.

Esta conceptualización de la modernidad redefine nuestra relación con ella: estar ligados a la Ilustración no sería ya una cuestión histórica sino que tendría que ver con reactualizar esta actitud: “es decir, un ethos filosófico que se podría caracterizar como crítica permanente de nuestro ser histórico”.⁵

Este ethos, o actitud de modernidad, posee para nuestro autor tanto un sentido negativo cuanto un sentido positivo. El primero, está relacionado fundamentalmente con no aceptar lo que denomina el “chantaje de la Ilustración”, por una parte y con el rechazo del humanismo, por la otra. Nos detendremos ahora a analizar el contenido positivo de esta actitud, que es el que resulta pertinente a la luz de nuestro objetivo.

A diferencia de lo propuesto por Kant, el francés sostiene que este ethos si bien tiene que ver con una crítica de los límites, debe trascenderla en tanto análisis de los límites que no pueden ser franqueados por el conocimiento, y por el contrario, rastrear en lo que se nos da como universal, necesario, obligatorio, lo singular y contingente. Esta crítica deviene, entonces, análisis histórico, y alejándose de lo trascendental se hunde en las profundidades de lo arqueológico; no nos enfrentará con lo que no podemos ser sino que, por el contrario, el análisis a partir de echar luz sobre las contingencias que confluyeron en que seamos como efectivamente somos, nos abre “la posibilidad de ya no ser, hacer o pensar lo que somos, hacemos o pensamos. ... Esta crítica busca relanzar tan lejos como sea posible el trabajo indefinido de la libertad”.⁶

En segundo lugar, esta actitud crítico-histórica debe ser necesariamente experimental, es decir, que reclama no agotarse en aquellas investigaciones históricas, sino que requiere de ser sometida a la prueba de la actualidad y la realidad. Foucault boga aquí –y su propia actividad pública puede ser tomada como prueba de ello- por llevar adelante este trabajo de nosotros mismo sobre nosotros mismos en nuestra condición de seres libres⁷ sobre los efectos de poder y verdad que nos atraviesan y constituyen en tanto sujetos.

⁵ *Ibid*, p. 345

⁶ *Ibid*, p. 348

⁷ Esta propuesta de trabajo sobre sí mismo tiene para Foucault como correlato necesario el abandono definitivo de todo proyecto de emancipación colectiva que según el autor, han mostrado sobradamente sus imposibilidades y las aberraciones a las que pueden dar lugar.

En estrecha relación con esta peculiar concepción de la filosofía, nos encontramos con la segunda forma en la que ésta es tratada por Foucault.

En la introducción de *El uso de los placeres*, segundo volumen de la *Historia de la sexualidad*, a cuento de explicar la demora de 8 años respecto del volumen anterior -*La voluntad de saber*-. Foucault expone las motivaciones de aquel retraso: la curiosidad. "(...) esa única especie de curiosidad, por lo demás, que vale la pena practicar con cierta obstinación: no la que busca asimilar lo que conviene conocer sino la que permite alejarse de uno mismo".⁸

Por supuesto, el retraso obedeció a un cambio de rumbo respecto del proyecto original, pero lo que aquí pone de relieve Foucault y lo que a nosotros nos importa finalmente, es que esta modificación tiene asiento en aquello que él entiende que es la tarea filosófica. Y por tanto, está más que justificada. "Pero ¿qué es hoy la filosofía – quiero decir la actividad filosófica- [se pregunta Foucault] sino el trabajo crítico del pensamiento sobre sí mismo? ¿Y si no consiste, en vez de legitimar lo que ya se sabe, en emprender el saber cómo y hasta dónde podría ser posible pensar distinto?. (...)

El ensayo –que hay que entender como prueba modificatoria de sí mismo y no como apropiación del otro con fines de comunicación- es el cuerpo vivo de la filosofía, si por lo menos ésta es todavía hoy lo que fue, es decir, una "ascesis", un ejercicio de sí, en el pensamiento".⁹

La filosofía, esta curiosa filosofía, entonces, no pretende ser un gran sistema universal y necesario que prescriba desde el funcionamiento del mundo, hasta el de alguna disciplina, sino que se declara una actividad, un quehacer del pensamiento y en el pensamiento del "sí mismo" que en lugar de pretender legitimar lo ya sabido, aquello que pertenece al terreno de "lo mismo", busca denodadamente vincularse con lo otro, con lo que se escapa a aquello que puede ser pensado. Esta actividad del pensamiento es la que permite tomar distancia tanto de las conductas cuanto de los esquemas de comportamiento que las guían, y cuestionarse sobre sus fines y condiciones.¹⁰

Por esto, la actividad filosófica según nuestro autor, no sólo no pretende comunicar absolutamente nada sino que, por el contrario, persigue la desestabilización, la

⁸ Foucault, M. *El uso de los placeres*, *Op. Cit.*, p. 11

⁹ *Ibid.*, p. 12.

¹⁰ Respecto de la posibilidad de llevar adelante una Historia del pensamiento, y sobre el concepto de pensamiento Cfr. "Polémica, política y problematizaciones" y "Foucault", en *Ética, Estética y Hermenéutica*, *Op. Cit.*, p. 352-361 y 363-369, respectivamente.

transformación de quien se atreve a realizarlo. Empezar la genealogía del sujeto en tanto sujeto de deseo -tal el objetivo de Foucault en este texto-, aparece entonces, como un “ejercicio filosófico”, ejercicio a través del cual es posible saber hasta dónde pensar su propia historia permite al pensamiento liberarse de lo que sin percatarse de ello, piensa, y consecuentemente, pensar de otra manera. En este sentido, como empezamos a ver con “¿Qué es la Ilustración?”, la filosofía importa un acto de libertad -quizás uno de los únicos posible-¹¹.

Es en este sentido que el objetivo de este ejercicio filosófico, tal y como Foucault declara en el texto de marras, es poder comprender una experiencia: la del sujeto moderno como sujeto del deseo; mientras que el resultado buscado a partir de ello es modificar nuestra propia experiencia.

Así las cosas, hemos visto que, con matices, Foucault no habla de la filosofía sino de un hacer filosófico y que este hacer está profundamente vinculado a la posibilidad de transformación de uno mismo. Esta transformación tiene como condición el análisis histórico de la propia constitución en tanto sujeto, por una parte, y por la otra, representa la posibilidad de la libertad frente a lo dado que porta la apariencia de la necesidad y la universalidad.

La filosofía y la experiencia

En una conocida entrevista de la década del 80 Foucault declaraba: “los libros que escribo representan para mí una experiencia que deseo que sea lo más rica posible. Al atravesar una experiencia, se produce un cambio.”¹². De esta forma, la experiencia es presentada como aquello que permite la transformación, como aquello que representa una modificación de sí mismo, de lo ya sabido, de lo que está del lado de lo mismo, a partir del hecho de asomarse a lo “otro”. Estamos, ahora, frente a experiencias singulares, de esas experiencias del límite que eran las que propiciaban permanentemente Blanchot, Bataille y Klossowski quienes, por todos los medios,

¹¹ Este sentido de la filosofía puede encontrarse en varias entrevistas del mismo período. Qué es la filosofía sino una manera de reflexionar, no tanto sobre lo que verdadero y lo que es falso, sino sobre nuestra relación con la verdad? ... La filosofía es el movimiento por el que ... nos desprendemos de lo que está adoptado como verdadero y buscamos otras reglas de juego”, Foucault, M. “El filósofo enmascarado” en *Obras esenciales* Vol. III, *Op. Cit.*, p. 223

¹² Entrevista realizada por Ducio Trombadori en *Coloquio con Foucault*. En *El yo minimalista y otras conversaciones*, Buenos Aires, La marca, 1981, p. 9

procuraban desgarrar en el sujeto de sí mismo hasta transformarlo el algo “otro”.¹³ De ellos y de esa experiencia, Foucault en reiteradas oportunidades se reconoció “discípulo”. Por eso, sostiene, hace libros experiencia y no libros verdad; libros donde tanto quién los hace como quién los lee sufre, a su través, una modificación de sí mismo; por eso no produce libros que contienen conjuntos de verdades estatuidas cuya finalidad consistiría precisamente en que el otro las reciba y las acepte con el carácter de “información”. “Escribo –dice- precisamente porque no sé todavía qué pensar sobre un tema que atrae mi atención”.¹⁴

Sus libros parten, entonces, no de lo ya sabido sino de la inquietud de lo no sabido aún, de lo que escapa a las categorías del pensamiento. Y en este sentido sus textos son concebidos como un ejercicio tanto para quien lo “escribe” –valga la redundancia- cuanto para quien acepta el desafío que en sus páginas se propone. Debemos entender aquí no que Foucault no sabe –en un sentido llano del término- por cierto a nadie escapa que sus textos poseen una erudición innegable. En ellos hay verdades, hay datos históricos corroborables. Lo que Foucault no sabe al iniciar uno de esos libros, es cuáles serán los “efectos de verdad” que ellos pueden producir. Y aquí vale la aclaración. Las “verdades” son necesarias para que los posibles efectos de verdad tengan lugar. Estos últimos, que son los que finalmente habilitan hablar de la “experiencia”, no son “reales”, no están allí, solo se puede hablar de ellos una vez que tuvieron lugar. La experiencia es en este sentido ficción y no verdad.”Una experiencia no es ni verdadera ni falsa: es siempre una ficción algo construido, existe sólo después que se ha vivido”.¹⁵ Pero para que esta experiencia tenga lugar y sea significativa, es decir, para que realmente pueda funcional la invitación que desde las páginas de estos particulares textos se realiza es necesario, que esta experiencia pueda ser atravesada por otros y para ello tiene que haber en ellos, verdades, aunque ellas no sean lo más importante para el texto.

Bajo este particular enfoque, Foucault se reivindica como un experimentador –y no como un teórico-.

¹³ Estamos omitiendo aquí una discusión que da el autor en la que sostiene que su noción de experiencia nada tiene que ver con la noción de experiencia de la fenomenología.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 9

¹⁵ *Ibíd.*, p. 15

Cómo se enseña la experiencia

A la luz de la inquietud que guía nuestro análisis, lo relevante a la vez que inquietante del caso, es que Foucault explícitamente sostuvo que esta experiencia, este trabajo del pensamiento, que él mismo llevaba adelante, no podía ser “enseñado”. Por el contrario, a su entender, hablar de “enseñanza” supone asumir la existencia de un cuerpo de conocimientos estatuido que deber ser transmitido, estaría en las antípodas de esta experiencia: “Yo rechazaría el término enseñanza [para mi trabajo]; esa palabra reflejaría el carácter de un trabajo, de un libro sistemático que conduce a un método que puede ser generalizado, un método que compuesto de instrucciones concretas, de un cuerpo de “enseñanzas”” (...) mis libros no tienen ese tipo de valor. Funcionan como invitaciones, como gestos hacia los demás, para aquellos que puedan querer, eventualmente hacer lo mismo, o algo semejante, o, en cualquier caso para aquellos que intenten deslizarse hacia este tipo de experiencia”.¹⁶ De esta forma, y en un solo trazo, Foucault rechaza la mera posibilidad de estar ejerciendo la menor “enseñanza” a través de sus textos. Sus libros no enseñan y no pretenden hacerlo, nos dice, porque no hay en ninguno de ellos, ni un sistema propiamente dicho, ni un conjunto único de procedimientos con los que dar cuenta de alguna porción de la realidad; no enseñan porque no hay uniformidad ni homogeneidad ni universalidad en las conclusiones a las que en ellos se arriba. No hay, en resumidas cuentas, lo que llama un “cuerpo de enseñanzas” determinado, definido, que haya que transmitir a los lectores.

Foucault no sólo no se ocupa de producir sistemas deductivos aplicables a la realidad, sistemas que intenten decir la unívocamente sino que sostiene que por haber quedado reducida a la producción de esos “libros verdad” y a la actividad de la enseñanza -al menos en la academia- la filosofía muestra claramente que, en algún sentido, ha perdido el lugar de las elecciones originales de la cultura que en algún otro momento sí pasaban a través suyo.

Para concluir

Sin dudas muchos son los elementos que nos permite poner sobre la nuestra improvisada mesa Foucault. Insistimos en señalar que no todas observaciones fueron

¹⁶ Entrevista realizada por Ducio Trombadori en *Coloquio con Foucault*. En *El yo minimalista y otras conversaciones*.

realizadas pensando específicamente en la enseñanza de la filosofía. Pero que, sin embargo, no podemos obviar lo fructífero de las mismas para nosotros.

Foucault nos ofrece, entonces, la posibilidad de pensar la filosofía desde un ángulo diferente, y por tanto, simultáneamente nos brinda la posibilidad de pensar una “enseñanza” también diferente. No nos invita a una filosofía como un cuerpo de saberes consolidado, validado, con pretensiones prescriptivas respecto de los otros saberes, centrado en un único sujeto, sino que nos convoca a llevar adelante un ejercicio, una actividad eminentemente de transformación, que nos conectaría con los límites que nos constituyen en tanto sujetos y que a la vez, nos permitiría la posibilidad de franquearlos. Nos convida a un ejercicio se practica en forma personal, pero que cobra sentido cuando resulta posible que trascienda el plano puramente subjetivo de quien lo propone y otros pueden, al menos, cruzarse con esa experiencia

Sin embargo, nos enrostra que esta actividad no es pasible de enseñanza alguna. Creemos, no obstante ello, que resultaría un buen ejercicio, intentar valernos de esta imposibilidad para transformarla, al menos, en herramienta de análisis.

Como vimos, la enseñanza resulta imposible toda vez que asume la existencia de un cuerpo de saberes a transmitir. Foucault parece entonces instalar una violenta oposición entre experiencia y ejercicio, por una parte y transmisión/teoría, por la otra. Cuando este saber se agota en la teoría queda reducido a la única actividad de la enseñanza. Empero, creemos que estos contrarios bien pueden relativizarse, o al menos que podemos establecer entre ellos alguna otra relación, fundamentalmente teniendo en cuenta algunas de las observaciones del propio autor.

Lo que el francés rechaza bajo el rótulo de filosofía menta, sin dudas, a la filosofía tal y como esta circula por la academia. El ejercicio filosófico se aparta de la disciplina así concebida –es más, podríamos decir que “en tanto disciplina”-. Sin embargo, este ejercicio, diagnóstico del presente no es, por su parte, un puro devaneo anárquico de cualesquiera cuestiones, punto que Foucault hace a un lado al reconocer que los posibles efectos de verdad de los libros experiencia “dependen” de las verdades que contengan. Y si bien reconoce a su base una encomiable y personal curiosidad, que no pretende ser transmitida, su misma posibilidad de cobrar sentido, es decir, de que otro se cruce en su camino tiene que ver pura y exclusivamente con que ese campo de cuestiones pueda ser accesible a ese otro y que éste a su propia vez, pueda modificarse o alterar la relación consigo y con aquel campo de problematizaciones. Y en esto son determinantes las

“verdades” más tradicionales. Sin ellas toda la propuesta foucaultiana se caería. La cuestión radica en cuál es el lugar que se les otorga. Ellas, en el contexto del ejercicio filosófico que se nos propone, son medios y no fines; constituyen la posibilidad de desencadenar todo un proceso tanto en quien las pone a jugar como en quien acepta ese juego. Son las piezas y no el objetivo. Nadie gana este juego acumulando fichas.

Creemos que en este punto radica precisamente una de las grandes posibilidades de pensar nuestra práctica de otra manera, de las muchas que seguramente, flotan en los textos de nuestro autor. El ubicarnos del lado de la experiencia y el ejercicio, nos obliga a romper con la distancia entre la disciplina y su enseñanza. El ejercicio filosófico, esta experiencia transformadora se agota en sí misma. Ella es su propio resultado. Tenerla o atravesarla es haber ganado el juego.

En este sentido, Foucault nos habilita a concebir un aula de filosofía como un espacio donde se desarrolle una actividad cuya finalidad sea precisamente que acontezca ese ejercicio de transformación de quienes lo llevan adelante a partir de sus legítimas “curiosidades” y rompe de esta forma con uno de nuestros más clásicos y conflictivos supuestos: que la filosofía se hace en un lado y se enseña en otro.

Sin dudas, muchas son las cuestiones que quedan pendientes. La sola posibilidad de generar una experiencia o el hecho de pensar cómo realizar una invitación que sea gustosamente aceptada, abre un abanico de cuestiones y ninguna de escasa complejidad. Sin embargo, creemos que un ejercicio que bien vale la pena llevar adelante.